

perdidos por Hunosa; 823 por Feve; 668 por Transportes de Barcelona; 630 por la Empresa Nacional Bazán; 617 por Authi; 466 por la Empresa Municipal de Transportes de Madrid... ¿Para que seguir, señores, si todos conoceis el saludable panorama de nuestra economía? Y además, algo que no suelen repetir los comentaristas de las revistas disolventes: estas pérdidas se han conseguido no sólo gracias a la iniciativa privada, sino también con el fundamental aporte de los caudales públicos. Potasas de Navarra, Pirelli, Imapec, Banco de Noroeste, SKF Española han conseguido sus déficits anuales únicamente con el alojamiento de bolsillo de sus accionistas; pero las pérdidas de Renfe y de la Empresa Municipal de Transportes o de la Bazán se han conseguido gracias al apoyo de todos, gracias a la fundamental colaboración del contribuyente, ya que esos magnos éxitos de la economía nacional pesan sobre la economía de todos nosotros. (Muchos aplausos y gritos de «Cojo, cojo, cojo».)

Así que, señores, con nuestro laconismo he de confesar al lu-

cero del alba y a la estrella de la tarde: Somos los más grandes, los que más pérdidas tenemos. Nuestra economía está que da penita verla. Y todo ello nos pone, hoy más que nunca, a nivel europeo. ¿No quieren que los rojos puedan abrir la boca? Pues aquí hacemos más: tenemos a los rojos, en los consejos de administración. A los números rojos, obviamente, señoras y señores. He dicho. (Grandísimos aplausos, a cuyo término los asistentes, puestos en pie, cantan el «Carrasclás, carrasclás, que bonita serenata»). ■ T. M.

BLAS PIÑAR YA NO USA PALETÓ

Igual que Fernando VII, en cuanto dejó colgado el paletó en el perchero del estudio de Goya, dijo aquello tan bonito y tan lapidario de «Marchemos todos juntos y yo el primero por la senda de la Constitución», don Blas Piñar —que según nuestras noticias no



ha usado nunca el paletó— también ha pronunciado una frase que está pidiendo mármol como el comer: «Con partidos políticos, no seremos los últimos en comparecer». Pero don Blas Piñar, ¿no usaba paletó?, digo, ¿no estaba contra los partidos políticos, que con tanta evolución dentro de un orden y tanta transición se trabuca uno?

Porque uno tiene muy mala memoria y no encuaderna el «Fuerza Nueva» en plan «Monitor», que si no podría decir cuándo y con qué palabras ha dicho don Blas cientos de veces que los partidos son lo peor del mundo, peor todavía que el judeomasonismo marxista, mucho más nocivos para la salud que la ola de erotismo que nos invade.

Desde que un día nos levantamos a las seis de la mañana para hacer Historia de España ante la pantalla del televisor, aquí todo el mundo quiere hacer su frase. Tal como en el colegio nos contaban la historia a base de batallas, porque entonces nadie copiaba como un descosido el Vicens Vives, ahora se construye la historia a base de frases bonitas. Nos va a venir corto todo el mármol de Carrara si tenemos que grabar todas las frases históricas que se están pronunciando estos días, incluida la frase del español que pone su granito de arena en la construcción de la Historia de España viendo el televisor muy temprano, mientras toma el cafelito:

—María, qué sueño me está entrando...

Para buscar el mármol y hacer la frase, se tira por la borda el pasado, la doctrina y la colección encuadrada de «Fuerza Nueva». «Con partidos políticos, no seremos los últimos en compare-

cer». Hala, hala, a la cola, que está sola. Eh, ese, que se cuele, un respeto, hombre. ¿Es usted el último? La concordia nacional debe empezar por respetar el orden en la cola. Los españoles ya hemos demostrado que sabemos muy bien guardar cola en los últimos días. Lo que no sabíamos es que la gente se cambiara de cola con tanta facilidad, sólo para pasar a la historia.

En vista de cómo se están poniendo las cosas, en la antesala de este gran salón del país donde empezamos a bailar el rigodón de la Historia Contemporánea habrá que poner un inmenso perchero. Para que los primeros de la cola empiecen por dejar allí su paletó. ■ B.

LOS CABALLOS DE SIBARIS

Todo se vuelve hablar del caballo de Troya, que, desde luego, tuvo su importancia, pues dio motivo a que se escribiese la Iliada (como decía el mismo autor, Homero: «Los Dioses causan y quieren la destrucción de los hombres para dar a los poetas motivo de canto»), pero tampoco son mancos los caballos («caballos», en plural, ojo al Cristo) de Sibaris, ciudad griega del sur de Italia conocida por sus refinadas y muelles costumbres, y cuyas ruinas, por cierto, fueron halladas hace unos pocos años, cuando ya se desesperaba de encontrarlas.

Los sibaritas (nombre tan peli-

ALGO DE NADA

«*La nada misma anonada*», «*La nada nada*»: éstas eran cosas que decía allá por los años treinta don Martín Heidegger y su razón no le faltaba. El señor Rodolfo Carnap, positivista él, se empeñaba en no entender nada de la nada y decretaba que don Martín incurría en abusos de lenguaje; figúrense, don Martín abusando del lenguaje, como si no fuera el lenguaje el que abusa siempre de nosotros, sobre todo de los positivistas, que no se enteran de la misa la media... Pero estoy seguro de que si Carnap hubiese mirado con atención, no podría haber dejado de ver la nada nadando por doquiera. Por mi parte, asisto desde hace un par de semanas al triunfo de la nada, a la inflación galopante de la nadería: puede que sea mi hígado, que ya no es lo que era. Me asomo a la calle; ¿qué veo?: nada. Como el periódico; ¿qué pasa?: nada. Hablo con la gente y nadie dice nada. Por la televisión, la plétora de nada es verdaderamente insultante. Los expertos en nada hacen su agosto en las revistas ilustradas, respondiendo naderías a las entrevistas que les hacen. ¿El pasado? Nada. ¿El futuro? Nada. ¿El presente? Nada menos uno. ¿El Sahara? La nada desierta. Nada por aquí, nada por allí. ¿Y la amnistía? Pues de la amnistía, nada. Dicen que la *clase política* se está moviendo mucho; se mueve, pero nada. Es que la *clase política* es la clase de la nada, la nada de clase, la clase vacía, que dicen los matemáticos. Se habla de personas que no son nada y se las dice ilustres; que no representan nada y se las llama representativas; de las que nada puede esperarse y se las mira con ilusa esperanza. Naturalmente, hay nadas y nadas. Nadas de colores, nadas con cintas, nadas impías y nadas clericales. Cuando alguien se le acerca a uno con optimismo inicia su retahíla de memeces con un: «¡nada, hombre, ya verás como...!» Y los pesimistas insisten meneando la cabeza: ¡nada, nada! Los parados no tienen nada que hacer; los miserables, nada que perder; Xirinacs, nada que comer; y yo, francamente, tampoco tengo ganas de nada.

—Pues, amigo, ¡el que nada, no se ahoga!

—¿Que se cree usted eso! ■

SAVATER